

MONSEÑOR FRANCISCO CASES ANDREU
OBISPO DE CANARIAS

LA PALABRA Y YO,
LA PALABRA Y YO,

INTRODUCCIÓN A LAS CATEQUESIS
PARA EL CURSO PASTORAL 2011-2012

SEPTIEMBRE 2011

UN EJERCICIO PRÁCTICO QUE NOS PUEDE AYUDAR MUCHO.

Invito a que cada uno trate de reconstruir con palabras la propia historia de fe y vida cristiana:

¿Por qué soy cristiano? ¿Por qué sigo siéndolo?

¿Qué personas y qué autores han influido más en mi vida, en mi manera de pensar, de juzgar, de decidir...?

¿De dónde toman forma mis criterios, los razonamientos que utilizo para juzgar la vida y sus asuntos? ¿De los programas de televisión que veo y oigo, de los periódicos que leo, del consejo y palabra de personas sabias, de la Palabra de Dios que me llega en la palabra de la Iglesia?

¿Hay equilibrio entre lo que tantas y tantas palabras humanas dejan de influencia en mi vida, le dan forma, y la influencia que ha dejado y deja la Palabra de Dios?

AVISO ANTES DE EMPEZAR

Lo que sigue es un relato, una historia vivida de las relaciones entre **la palabra y yo**, con una segunda parte que cuenta las relaciones entre **LA PALABRA y yo**. Al escucharlo suena exactamente igual, pero al verlo escrito apreciamos la diferencia. Por eso, aunque puede parecer innecesario, quiero subrayar dos pequeños detalles. Primero, las mayúsculas y las minúsculas son importantes en el título de cada parte, y el relato se encargará de demostrarlo. Segundo, 'yo' soy yo, pero también uno u otro de ustedes. He intentado contar esta historia de modo que cualquiera pudiera sentirse identificado, aunque evidentemente no siempre en todo; está claro que algunas veces 'yo' soy yo, y no para ponerme de ejemplo, sino para contar con corazón agradecido lo que el Señor hizo en mí, para dar razón, logos, palabra, de mi esperanza, por si puede hacer bien a alguno; pero otras veces, al decir 'yo' se habla de experiencias concretas que no son mías, y que también hay que incluir con corazón agradecido.

Santo Padre Benedicto XVI, dirigidas a los Seminaristas alemanes hace muy pocos días, son una preciosa explicación de este colofón, y la mejor introducción al trabajo de las Catequesis:

Solamente podemos creer estando en el "nosotros". A veces digo: San Pablo ha escrito: "la fe nace del mensaje que se escucha" -no que se lee. Tiene necesidad también de la lectura, pero viene de la escucha, es decir, de la palabra viva, de la palabra que los otros me dirigen a mí, y que puedo oír; de las palabras de la Iglesia a lo largo de todos los tiempos, de la palabra actual que ella me dirige por medio de los sacerdotes, los obispos y los hermanos y hermanas. Forma parte de la fe el "tú" del prójimo, y forma parte de la fe el "nosotros"... Forma parte el "nosotros" muy concreto, como lo es el seminario (está hablando a los seminaristas), como lo será la parroquia, y siempre mirando más lejos todavía el gran "nosotros" de la Iglesia de todos los lugares y de todos los tiempos, para no hacer de nosotros mismos el criterio absoluto. Cuando decimos: "Nosotros somos Iglesia", sí, es verdad: somos nosotros, no cualquier persona. Pero el "nosotros" es más amplio que el grupo que lo está diciendo. El "nosotros" es la entera comunidad de los fieles, de hoy y de todos los lugares y de todos los tiempos. Y digo: en la comunidad de los fieles, sí, ahí se da, por así decir, el juicio de la mayoría de hecho, pero no puede darse nunca una mayoría contra los Apóstoles y contra los Santos: sería una falsa mayoría. Nosotros somos Iglesia: ¡Seámoslo! ¡Seámoslo precisamente en el abrimos y en el ir más allá de nosotros mismos y en el serlo junto con los demás! (Benedicto XVI, Encuentro con los Seminaristas, Friburgo, 24 de Septiembre de 2011).

LA PALABRA Y YO, LA PALABRA Y YO,

INTRODUCCIÓN A LAS CATEQUESIS
PARA EL CURSO PASTORAL 2011-2012

CAPÍTULO I: LA PALABRA Y YO

LA PALABRA QUE SE ESCUCHA

La primera palabra de mi vida fue escuchada, no dicha. Llegó a mis oídos, no salió de mis labios. Supongo que como muchos o todos los niños di el 'grito de la vida' al nacer para hinchar los pulmones y empezar a respirar por mí mismo. Pero no es lo mismo grito, ruido, voz, que palabra. Y la primera palabra de mi vida fue escuchada. Y me la repitieron a diario y muchas veces al día y con distintas letras: vida, cielo, cariño, tesoro..., y, aunque no la entendía, me hizo crecer convencido, gracias a esa palabra, de que era amado.

LA PALABRA QUE SE DICE

Era una palabra que me hablaba de amor, y me ataba cada vez más a quienes me dieron el ser. Por eso, nada extraño que las primeras palabras que salieron de mis labios me sirvieran para señalar y llamar a esos seres queridos: mamá, papá. También mis primeras palabras hablaban de amor.

Y fui escuchando palabras y aprendiendo a decirlas. Unas servían para ponerle nombre a las cosas y poder entendernos en

un mundo inmenso, difícil de ocupar sin atender a las etiquetas. Otras, más importantes, servían para señalar y llamar a las personas. Y había otras, las más interesantes -más tarde supe que se llamaban 'verbos'-, que servían para indicar lo que hacía, lo que me hacían, lo que podía hacer, lo que quería hacer. Antes de conocer las palabras de los verbos, ya sabía qué había dentro de esas palabras. Sabía querer y después aprendí el nombre. Sabía comer y después conocí la palabra. Empezaba a pensar y más tarde supe que se llamaba así lo que hacíamos sin que se moviera una hoja.

LA PALABRA QUE SE ESCRIBE Y SE LEE

Y llegó un momento importante: la historia que hasta entonces se movía entre mis oídos y los labios de los demás, mis labios y los oídos de los demás, descubrí, mejor, me enseñaron que se podía dibujar. Mamá era una persona de carne y hueso, con mirada de cariño y sonrisa de abrazo, que me quería; después supe cómo se podía llamar; y más tarde me hicieron repetir ante unos pequeños dibujos: la eme con la a, ma...

Y pasaron muchas mañanas y muchas tardes y pude garabatear los mismos dibujos que otros habían escrito antes. Y volvieron a pasar muchas mañanas y muchas tardes haciendo ejercicios sin salirme de las líneas paralelas, hasta que fui capaz de escribir, y en colores: Mamá, felicidades, te quiero mucho (ya no recuerdo exactamente si puse 'quiero' o 'quero', como pide la lógica).

Todo esto significaba que había aprendido a utilizar algunos verbos, que en el diccionario se escribían así: pensar, amar, alegrarse, ser feliz, decirlo, comunicar, etc. ¡Qué maravilla de camino recorrido! ¡Qué maravillosa historia, la de las palabras y yo!

Te escucho, Señor

En la oración personal, te escucho. Sé que puedo confundirme y no oír más que el eco de mi propia voz y el invento de mi corazón, y no a Ti. Por eso, alimento y moldeo la oración personal con la escucha de tu voz *en la Sagrada Escritura*; así sé que no es la quimera de mi corazón, sino tu Palabra, la que me ilumina a mí, como ha iluminado desde hace siglos a tantos y tantos como yo. *En tus Sacramentos*, en especial en la Santísima Eucaristía y en el Sacramento de la Reconciliación, pues en ellos se oye tu Palabra, y ellos son Palabra de Vida y de Perdón, que nos regeneran y nos alimentan continuamente. **En la vida de cada día**, la mía y la de los demás, en la que siento tu presencia, y en la que nos hablas continuamente.

¡A ESTA HISTORIA LE FALTA UN CAPÍTULO!

Aunque a lo largo de esta historia en dos capítulos han aparecido muchas personas, todo se ha concentrado en una visión personal: "La palabra y yo, LA PALABRA y yo". ¿Por qué? La intención es provocar una verdadera acogida personal de cuanto se dice. Pero habría que añadir un tercer capítulo a esta historia: **LA PALABRA y nosotros**. Habría que repasarlo todo en primera persona del plural. En realidad ese tercer capítulo que falta es el conjunto de las tres Catequesis que se proponen este año para trabajar en las comunidades: **LA PALABRA y nosotros**.

La Iglesia es la familia que nació de la respuesta a la Palabra, y nace y crece respondiendo y acogiendo la Palabra. En el nosotros de la Iglesia es donde se me ha presentado y se me presenta y se me explica lo que el Señor ha dicho y hecho, y sigue diciendo y haciendo para bien de todos. Las palabras del

ORANDO TAMBIÉN SE ENTIENDEN MUCHAS COSAS

El escuchar a Dios, el leer la Palabra de Dios, el poder hablar de Dios, es inseparable del hablar a Dios. Por eso, puedo terminar esta parte de la historia en clave de oración:

Habla, Señor, te escucho.

Habla, Señor.

En la creación entera, que mis ojos te vean y sepa atravesar las cosas para verte a ti a través de ellas, y escuchar tu mensaje: tu grandeza, tu hermosura, tu amor.

Como San Francisco. Sólo se puede llamar 'hermano' 'hermana' a todas las cosas, incluida la muerte, si se tienen los ojos suficientemente puros como para ver en ellas al Padre que las hizo y las puso en nuestra vida y a nuestro alcance.

Habla, Señor

En la historia, en la mía, en la de todos los años vividos, y la de todos los días que vivo.

En la historia de los hombres que has ido acompañando como me has acompañado a mí: las viejas idas y venidas de la historia sagrada de los años de niño, y las nuevas idas y venidas de la historia sagrada de los hombres de hoy, que buscan, se pierden, se vacían, y se encuentran y se llenan en Ti.

Habla, Señor

En la Escritura, en la que ha ido acompañándome a lo largo de mi vida, y que siempre necesito como faro de referencia. La que acogí en mis años de niño en catequesis, y en mis tramos de joven como fuente que se busca con anhelo, y en mi etapa de estudiante como tema de reflexión y de análisis. Es la fuente que mana de ti y que se confunde contigo mismo.

Y las palabras fueron creciendo y multiplicándose. No había día que no aprendiera alguna nueva. Y cuando empecé a leer, entonces aprendí montones de palabras cada rato. La palabra podía ser pensada y callada; pensada y dicha; pensada y escrita... y hasta dicha o escrita sin pensar. Me hacía feliz, me enseñaba y me abría al mundo, me hacía bien, me acercaba a los demás... pero también había palabras que me dañaban, y que usaba para hacer daño, palabras que me engañaban y que me servían para engañar, que me cerraban los caminos, que me herían, que me distanciaban de los otros.

LAS PALABRAS QUE NACIERON DE MÍ

Y seguí creciendo, pero -entonces no me daba cuenta- no hacía en el fondo más que repetir lo que los míos o los cercanos me decían, pensar lo que los míos pensaban, y hasta querer a quienes querían y como querían los cercanos. Y todo iba llenándose en un enjambre de palabras que crecía y crecía. Hasta que un buen día, o en una serie de muchos días, empecé a pensar con mi propia cabeza, y a amar con mi propio corazón, y, aunque repitiera las palabras que aprendí, ya eran mías propias, salían de mis propios labios y habían nacido en mi propia mente y en mi propio corazón.

LAS PALABRAS DAN FORMA A UNO MISMO

Y me di cuenta de algo realmente maravilloso. Había crecido, me había hecho grande y fuerte gracias al alimento que tomaba y al ejercicio de todo mi ser. Pero estaba formado, era persona, por una larga historia de palabras y de combinaciones de palabras. Y estaba formado como persona de un lugar concreto, de una familia, de un pueblo. Una larga historia de palabras que le habían ido dando forma y figura a mi vida singular. Yo era yo por lo vivido y por los que habían vivido

conmigo, pero era yo mismo, y podía nombrarme, y pensar y amar gracias a un inmenso mundo de palabras.

Y advertí que era palabra el sonido que salía de mis labios, pero también el gesto, el grito, el movimiento o el sosiego de las manos, el color de las ojeras, la mirada de los ojos y el rictus de la boca, cualquier cosa, hasta el silencio. Cualquier otro era palabra para mí, si quería escucharle, con todo lo que decía y con todo lo que hacía. Y yo mismo era palabra para los demás con toda mi vida y todos mis breves saludos o mis largos discursos.

Y podía seguir dando forma a mi vida por las palabras, los pensamientos y los amores que acogiera, y podía influir -dar forma- a los demás, con las palabras que pronunciara, llevándoles mis pensamientos, y los amores que acertara a comunicar.

Y también aprendí a medir el espesor de las palabras. Sí, las palabras, como los gestos y los silencios, -que también son palabras-, tienen peso y valor, tienen densidad o están huecas, invitan a la cercanía y al abrazo, o empujan a la distancia y al rechazo... Y esto es verdad en mí y en los demás. Y descubrí el bien y el mal que mis palabras y la palabra de mi vida podían hacer en los demás. Y percibí que los demás habían hecho bien y mal en mí, precisamente por sus palabras, y por lo que decían sus acciones. Y entendí qué significa 'formar' y 'deformar'.

Y aprendí a acoger, con el alma saltando de felicidad, el perdón que me dieron gratis con una palabra de cariño o una sonrisa silenciosa de acogida. Y reaccioné aprendiendo a perdonar, y a decirlo con palabras, con sonrisas o con silencios.

Y aprendí, sin mirar al diccionario, a decir 'gracias' cuando alguien me ayudó, me defendió, me regaló algo o

- Si es razonable, sensato, se puede ofrecer a los que no lo conocen o no lo consideran así, como algo legítimo, razonable y sensato.
- sirve para responder a las preguntas y dudas que surgen desde fuera del ámbito cristiano, y también desde dentro del mismo ámbito cristiano, y hasta del propio corazón
- sirve para preguntar, para interpelar a otras referencias de sentido

- Pero la fe que se vive y se piensa no es únicamente un edificio de ideas, que debe legitimarse por su coherencia intelectual. No afecta únicamente al saber. En el contexto de la relación de amistad personal, tiene una dinámica salvadora. En positivo, quiere decir que llena de sentido, felicidad y alegría. Y en negativo, quiere decir que la fe me saca, me libera del mal:

- El mal existe
 - La responsabilidad personal en el mal existe: es el pecado.
- La gracia existe; es el Amor de Dios
La gracia ilumina y fortalece
 - ilumina: para ver qué es mal, y para ver que soy yo quien está en ello
 - fortalece: me libra, me salva, me justifica, me redime...

- Todo ello se ve y se vive centrado en Cristo Jesús.
 - Él es la Verdad y la Vida
 - Él es el Camino para encontrar la Verdad y la Vida.

lo que más decide, sino la relación de amistad personal, que por otra parte es la que da sentido a todas esas cosas.

- Algo importante a subrayar. Esa relación personal con Cristo -'amistad' es la palabra exacta para definirla- no es vaga, evanescente, imprecisa. Desde muy pronto se alimentó y se mantuvo con los dos hechos cristianos más importantes y más constantes en mi vida; en realidad noto que han sido el alimento que ha mantenido vigorosas mis raíces creyentes:

- la lectura personal diaria del Evangelio
- la visita diaria a Jesús Eucaristía y la celebración eucarística muy frecuente, en épocas, muchas, diaria.

- En otra etapa -estudiante de Teología- me vi motivado para pensar la fe que daba sentido positivo a mi vida¹.

Al pensar la fe:

- se busca confirmar que el sentido de la vida que se vive en la fe es razonable, es sensato.

¹ Juan Pablo II en su Discurso a los Jóvenes en Lyon, 5 Octubre de 1986, aludía a su propia experiencia personal en estos términos: Por mi parte, he vivido la infancia y la adolescencia en una atmósfera de fe, de la que en verdad jamás me he separado. El problema fundamental para mí ha sido, sin que llegue a plantearse la duda, **el pasar de una fe heredada, más afectiva que intelectual, a una fe consciente y de plena madurez**, intelectualmente profundizada, después de una opción personal. Sobre este fondo del convencimiento (básico) primordial de que Dios existe, yo **he profundizado, con el Evangelio y con la Iglesia, mi fe en Jesús**, "el Cristo, el Hijo de Dios vivo", según la bella profesión de Pedro. Y Jesucristo me ha introducido en el conocimiento del Padre, en la vida con el Espíritu Santo. La fe es el don de Dios que comporta el don de todo la persona, encuentra su plenitud en el amor. "Pedro ¿me amas realmente?" La fe es esta opción. La fe tiene la certeza del Amor de Dios.

simplemente se puso junto a mí cuando apretaba la soledad; y también aprendí a decirlo con palabras, con sonrisas o con silencios.

Y así fui aprendiendo a devolver a los demás y a extender por todas partes las cosas que me enseñaron, lo que me había dado forma, lo que me había hecho bien.

RESUMIENDO

Y al final de todo, cuando he de decir como el poeta "confieso que he vivido", puedo resumirlo todo con muy pocas palabras:

- Nací y me fui abriendo paso por la vida por una palabra que me acogió, me hizo sentirme amado, y me acompañó incansablemente.

- Fui tomando forma, y he seguido y seguiré en forma, gracias a muchas palabras, dichas, escritas, oídas o leídas, que me construyeron y me construyen. Todas me llegaron gratis, algunas me alcanzaron sin yo pedir las, otras las busqué yo porque noté que me ayudaban en un camino de bien que me hacía feliz. Las escuché de muchos labios, y las aprendí en muchos libros.

- Yo mismo pronuncié muchas palabras, fabriqué algunos párrafos y discursos, como el eco de las palabras que me ayudaron a mí, buscando que hicieran bien, y dieran forma a otros. Quiero pensar que algunas sirvieron de fuerza y de consuelo, de luz en el camino a algunos. Yo confieso que mis palabras y lo que habla de mi vida, también desorientó a más de uno, deformó a más de uno, alejó a más de uno. A veces pedí

perdón, pronunciando la palabra que sana; a veces no supe, no pude, no quise hacerlo y mi vida fue un silencio hueco. A veces di las gracias como el niño cuando recibe el caramelo, a veces cogí el caramelo y me volví huraño haciendo que naciera alguna lágrima.

Este capítulo de la historia, "La palabra y yo", precisamente por las connotaciones personales que tiene, no corresponderá exactamente a todos los procesos; no todos se identificarán con esta historia al cien por cien. Puede haber muchas variantes. Algunos no recordarán haber recibido tanto amor en un principio, o quizás la primera palabra de acogida y cariño tardó algo más en ser escuchada. Las palabras que explican las cosas y las que forman a las personas habrán llenado el depósito de cada uno en niveles muy diversos. Y más vivencias distintas, seguramente muy distintas en algunos casos. Quiero pensar que, en el fondo, el esquema general puede servir a muchos para entender nuestra relación con la 'palabra', esa caja preciosa de regalo que nos ayuda a descubrir el mundo, a anudar los lazos de la red de cuantos vivimos en él, y a poner al descubierto lo que guarda nuestra mente y nuestro corazón.

historia, tuve que comunicar. Si muchas y muchas palabras de voces y de libros habían ido dando forma a mi vida a lo largo de los años, también esa Palabra con mayúscula, escuchada y leída, susurrada y escrita, se metía en los entresijos de aquella forma, y la iba haciendo también más completa y humana, y más parecida a Aquél que es la Palabra.

LA VIDA CRISTIANA DE CADA UNO DEPENDE DE LA PALABRA DE DIOS OÍDA Y HABLADA

Con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud prediqué tres Catequesis a distintos grupos de jóvenes en Madrid. En cierto momento hice este esquema del recorrido de mi fe y mi vida cristiana.

- Yo soy cristiano porque he nacido y crecido en una familia cristiana, me he formado en un colegio cristiano y he vivido en un ambiente cristiano.

- En un momento o una etapa de mi vida, permanezco en el ser cristiano, mientras veo que compañeros que crecieron conmigo no siguen en el mismo camino.

- Hay una fuerte componente de relación personal. Seguir siendo cristiano o dejar de serlo no significaba para mí admitir o no unas determinadas afirmaciones doctrinales o unos comportamientos concretos, sino que equivalía a seguir vinculado a Cristo, persona viva, o a dejarlo al margen hasta olvidarlo. Soy consciente de que esa vinculación a Cristo conlleva una forma de vivir, unos criterios de valoración, y unas prácticas religiosas, pero no es el conjunto de todas estas cosas

encuentros personales, consultas, diálogos, charlas... Y las palabras de Dios, las que se escuchan en el fondo del corazón, empezaron a ser parte de un encuentro personal de amistad que tenía sus momentos, sus ausencias, sus cansancios, sus silencios, sus entusiasmos. Y la palabra que se escuchaba en el fondo del corazón pasaba muy frecuentemente por las hojas de aquel libro pequeño de tapas duras que me regaló el Sacerdote amigo, el Nuevo Testamento, con los Evangelios y las Cartas de los Apóstoles. Todavía lo conservo, dedicado con fecha 1960. Tiene muchas líneas subrayadas y algunos pequeños comentarios o inquietas preguntas en los márgenes en letra pequeñita. Y tuve también la Biblia, que empecé a leer mil veces y mil veces abandoné, porque no sabía cómo caminar sin perderme en aquel mundo de libros y de hojas.

Ya nunca dejó de estar junto a mí esa Palabra. A veces la escuchaba con los hermanos, a veces la leía a solas. La estudiábamos y hacíamos trabajos escritos sobre ella en las clases de Bachillerato. Más tarde en el Seminario me llevaron de la mano para entenderla mejor en largas y largas horas de clase. La Palabra estaba escrita, pero era la Palabra del Dios que habla, en presente, al que se puede escuchar en el silencio de la pequeña capilla, en la música solemne de un paisaje que te llena el alma, o en la grandeza del testimonio de una vida cercana a la tuya, que se entrega totalmente.

Esa Palabra estaba en el origen de aquella primera plegaria de mi madre, alentó la vida de mis padres, condujo mis pasos, y me enseñó cómo volver cuando me perdía, saliéndome del camino. Esa Palabra iluminó mi vida y fue configurando mis criterios, mis comportamientos, mis decisiones y mis afectos. El mismo libro que la contenía se estudiaba en clase, se escuchaba con atención del corazón en la celebración, se repasaba en silencio en las horas de la plegaria personal, se anunciaba, por fin, en los sermones que a partir de cierto momento de la

CAPÍTULO II: LA PALABRA Y YO

SIEMPRE ES DE ÉL LA PRIMERA PALABRA

La primera palabra de mi vida cristiana fue escuchada, no dicha. Llegó a mis oídos, no salió de mis labios, sino de los labios de mi madre. Y sentí esa palabra en mis oídos y también en mi frente. Ni supe distinguirla entonces, ni supe qué significaba aquella caricia. Acababa de nacer y mi madre me dijo: que Dios te bendiga, hijo mío, y con su pulgar marcó el signo de la cruz en mi frente mojada. Y seguí escuchándola y seguí sintiendo la misma caricia a diario muchas veces, y, aunque no la entendía, me hizo crecer convencido, gracias a esa palabra y a aquel gesto, de que era amado por Dios.

Así podría empezar la historia creyente de muchos de nosotros. En el catecismo de infancia me preguntaban: ¿Eres cristiano? Y respondía: Sí, soy cristiano por la gracia de Dios. Es importante comprender el alcance de esta respuesta: es el Amor de Dios, es su gracia la que nos ha hecho cristianos y la que nos mantiene como cristianos. Él ha ido y va siempre por delante. Es lo que quiero decir cuando empiezo este capítulo de la historia: *La primera palabra de mi vida cristiana fue escuchada, no dicha.*

HABLAR A DIOS

Y la historia continuó más o menos de esta forma. Primero oí nombrar a Dios, pero era porque **le hablaron a Dios de mí**. Después me enseñaron a **hablar a Dios**. Lo hicieron invitándome a gestos menudos, que eran verdaderas palabras de enorme densidad, aunque yo no lo entendiera entonces. Mi

primera palabra a Dios fue un beso, al Señor en la Cruz; o un beso -volado- a su Madre. Y mi primer encuentro con Dios fue la sorpresa de acompañar de la mano a mi padre que me dijo: 'vamos a ver al Señor', con la misma naturalidad con la que se dice: 'vamos a ver al tío Pedro, o al médico'; y entramos en el templo, y me señaló al frente, y no supe si al nombrar al Señor se refería a lo que después aprendí que se llamaba Sagrario, o a aquel hombre que colgaba deshecho de una cruz. Y mi primera palabra sonora a Dios fue la oración al acostarme: 'Jesusito de mi vida'. Ninguna de estas realidades: el beso, la Cruz del Señor, la Madre del Señor, el encuentro con Él en el templo, el sagrario, las palabras de la plegaria al pie de la cama, las entendía del todo mi mente de niño. Pero ni más ni menos que con tantas cosas importantes de la vida, que primero se aprenden y se pegan a la piel del alma como lo más natural del mundo, y después se explican, se entienden, se acogen, se hacen propias. Y aprendí a hablar a Dios con palabras y con gestos de las manos, cuando me enseñaron a santiguarme, cruzando los dedos y poniéndolos en forma de cruz. Y muy pronto me enseñaron a hablar con Dios con unas palabras que más tarde supe que las había inventado el mismo Señor: el Padre nuestro, y un saludo a la Virgen María que sonaba en los labios puros de aquel niño que era con la misma limpieza que en los labios del mismo Gabriel. Pero no todo era de color de rosa, también aparecía la rutina y el olvido, y me hacían repetir para que pareciera que salía del corazón... hasta que de verdad aprendí a que saliera de mucho más allá de los labios.

HABLAR DE DIOS

Después me **hablaron de Dios**, mucho, muchas cosas, muchas maravillas. Eran como historietas de tebeo; le llamábamos 'historia sagrada', y estaba llena de nombres de personas que se iban convirtiendo en familiares: Adán, Eva, Noé, Abrahán, Isaac, Jacob, José, el Faraón... Y nombres de

lugares, que te hacían viajar con la imaginación: Egipto, Asiria, Babilonia... Más tarde me enseñaron que todas esas historias estaban en un libro grande que se llamaba la Biblia, en donde se contaban también todas las cosas buenas que dijo e hizo Jesús, y todas las cosas malas que le dijeron y le hicieron hasta matarlo.

ESCUCHAR AL DIOS QUE HABLA

Me enseñaron a **escuchar a Dios**, a estar en silencio delante de aquella pequeña casita que estaba en el fondo de la Iglesia, encima del altar. Estaba señalada con una luz encendida, que indicaba que 'había alguien en casa' y que nos esperaba para hablar con nosotros. Podías contarle lo que quisieras, los enfados y las alegrías, las victorias y las derrotas, hasta aquellas que te habían hecho daño, porque te distanciaban de Él.

Y pasado un tiempo me enseñaron a escucharlo en la Palabra escrita. Era Palabra escrita el libro de tapas bonitas que llevábamos para la primera Comunión, y que tenía muchas oraciones y muchas palabras de Jesús, las palabras que escuchábamos los domingos cuando nos reuníamos en la Misa.

Después fui haciendo mío todo eso, fui apropiándome la herencia.

Y mis palabras a Dios, que al principio eran la repetición de un lorito, porque no eran mías, empezaron a ser mías. Y empezaron a ser nuevas, distintas, brotadas verdaderamente de mi corazón. Y cuando inventé yo las mías, pude repetir las que me enseñaron como si fueran realmente mías.

DIOS NO SE CALLA. DIOS HABLA SIEMPRE

Y las palabras sobre Dios se ampliaron: al principio era la historia sagrada, después 'Religión', y Catequesis, y